

De la virgen América le ofrece  
 Para formar su asilo,  
 De las pampas las vastas soledades,  
 El seno juvenil de las ciudades,  
 El bosque umbroso y el verjel tranquilo :  
 Y dócil al acento del poeta  
 Tiende la Diosa plácida su vuelo  
 De las hijas del sol al grato suelo,  
 Y por doquier de su sandalia de oro  
 Va dejando las huellas que han seguido  
 Hermanos vates en sublime coro.

¡ Salve, genio inmortal, en cuya tumba  
 El céfiro que zumba  
 Parece repetir, cuando suspira,  
 Los dulces ecos de tu acorde lira !

El tiempo que hace trizas  
 De los monarcas el purpúreo manto,  
 Y al suelo precipita con espanto  
 Las obras del orgullo, y sus cenizas  
 Esparce enfurecido  
 Por las negras regiones del olvido,  
 Respetará ¡ oh Patriarca ! tu memoria,  
 Que ya esculpió con su buril sagrado  
 En sus eternos mármoles la gloria.

El siglo que hoy expira  
 De tu sepulcro silencioso al lado  
 Tu báculo y tu lira  
 A otro siglo naciente  
 Hoy mismo ¡ oh Bello ! entrega reverente.

## ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

(VÉASE LA PÁGINA 339 DEL TOMO I)

### VIAJE Á GRECIA

Á JOSÉ RIVAS GROOT

Hacia la playa helena  
 Que se dibuja en la extensión lejana,  
 Bogando voy sobre la mar serena  
 Á la primera luz de la mañana,

En mis brazos llevando  
 De mi existencia al soberano dueño,  
 Que los hermosos párpados cerrando  
 Cede al influjo seductor del sueño;

Y es mi barquilla leve  
 La concha azul de la deidad de Gnido,  
 Que esbeltos cisnes, de color de nieve,  
 Arrastran sobre el piélago dormido ;

Coro alado de amores  
 En torno nuestro presuroso vuela ;  
 Uno rige los cisnes voladores,  
 Otro coge los rizos de la vela ;

Otro á la marcha atento  
Explora el ponto con mirada viva,  
Observa el curso del errátil viento,  
Y de las olas el empuje esquivo.

La soñolienta luna  
En la región occidental vacila ;  
El fulgor matutino la importuna  
Y va cerrando la glacial pupila ;

La neblina incolora  
Se rasga y huye con ligero paso,  
Y al fin descuella la radiante Aurora  
Sobre la erguida cumbre del Parnaso,

Detiéndose un instante  
Plegando allí las alas luminosas  
Y luego, remontándose triunfante,  
Cubre los cielos de purpúreas rosas.

La tierra taciturna  
Su blando halago estremecida siente ;  
Torna á bullir, tras la quietud nocturna,  
De la inexhausta vida la corriente,

Y se abren á mi vista  
Amplios paisajes, ricos de primores,  
Que va esmaltando, como sabio artista,  
La helena luz, de vívidos colores.

Yo, con semblante ledó,  
Vuelto á la hermosa de quien soy cautivo,  
Pongo en su labio de coral mi dedo  
Y el Dios del sueño se recata esquivo.

Abre los ojos ella,  
Húmedos, soñadores y profundos,  
Y ágil irguiendo la cintura bella  
Mira surgir desconocidos mundos.

Con hondo anhelo ciño  
Mi amante brazo en torno de su cuello ;  
Al aire flota, suelto y sin aliño,  
En encrespadas ondas su cabello ;

Su purpurina boca  
Se abre al influjo de gentil sonrisa,  
Y entre los pliegues de la griega toca  
Luce su frente, como el mármol, lisa.

« Contempla, Ninfa mía,  
— Clamo entonces — el vasto panorama :  
Allá la costa, al resplandor del día,  
Alza la frente y con amor nos llama ;

« Contempla á opuesta mano  
Cómo rasgando de la bruma el velo,  
Asoman sobre el plácido oceano,  
Graciosas islas de encantado suelo ;

« Ve las azules ondas  
Que entre las conchas de la playa juegan,  
Cómo á compás alzándose redondas  
Cual voluptuoso manto se despliegan,

« Y los vivos reflejos  
Que recogidos en vistosos haces,  
Brillan un punto y huyen á lo lejos,  
Cual la ilusión hermosos y fugaces.

« Mira : su nido agreste  
Ya dejan, revolando, los alciones,  
Y del espacio entre el azul celeste  
Tornasolan sus fúlgidos plumones ;

« La parda golondrina  
Pasa rasando con presteza suma  
Las aguas, donde flota cristalina,  
Cual flor del mar, la tremulenta espuma.

« De Nereidas el coro  
Sale veloz de su recinto umbrío :  
Velas peinar la cabellera de oro,  
Que con sus perlas esmaltó el rocío ;

« Y los sueltos Tritones  
Que inquietos nadan sobre concha breve,  
Las persiguen con saltos juguetones,  
Las celan cautos con mirada aleve.

« Mira aquel que tomando  
La dulce flauta en que sus celos llora  
Le arranca tono tan doliente y blando  
Que aun á los mudos vientos enamora ;

« Los peces su hondo asiento  
Dejan al eco de las notas suaves,  
Y en raudo giro llega por el viento  
Ruidosa banda de marinas aves. »

Así prorrumpo, en tanto  
Que ya mi barca al puerto se abandona :  
Ya cerca escucho resonar el canto  
Que la cigarra en el sembrado entona ;

Ya veo alzarse el humo  
En espiral de los lejanos techos,  
Y los olivos en espeso grumo  
Miro que esmaltan la campiña á trechos ;

Y mi pecho palpita  
Al tocar la región enamorada,  
De Dioses y de Genios favorita,  
Donde vibran al par lira y espada.

.....  
Cuando suena de pronto  
De solemne reloj el toque lento,  
Y playa y Ninfas y barquilla y ponto  
Huyen en confusión del pensamiento,

Y despierto en mi estancia  
Donde la sombra á la quietud se aduna :  
Extraños ruidos se oyen á distancia,  
De mi reja al través entra la luna,

Y de mi lecho enfrente  
En mudos libros levantarse veo  
Los genios de la Grecia prepotente :  
Homero y Safo, Píndaro y Tirteo.





## LEYENDO Á HOMERO

En mi amado retiro  
Do siento deslizarse blandamente  
Las raudas horas en incierto giro  
Como las ondas de olvidada fuente ;

Allí donde en contorno  
Los libros vense del recinto frío,  
Sirviendo al par á la mansión de adorno  
Y de solaz al pensamiento mío ;

« Á solas, sin testigo »  
Doy libre rienda á mi genial deseo,  
Y el libro busco, como viejo amigo,  
Y en su fiel confidencia me recreo.

Como mi mente busca  
Del Arte hermoso en la región serena,  
No la embriaguez que la razón ofusca,  
No el licor que las almas envenena,

Sino la luz sublime  
Que blandamente al corazón penetra,  
De la escoria al espíritu redime  
Y da oculto sentido á cada letra,

Huyo de las ficciones  
En que arde impuro de la carne el fuego,  
Y remontando tiempos y naciones  
Del Arte heleno hasta las cumbres llevo,

Y del cantor augusto,  
Que ciego alumbrá incógnitas edades,  
Las soberanas maravillas gusto  
Y entre los héroes ando y las deidades.

Oigo el clamor agudo  
Subir vibrando al ámbito vacío,  
Choca el acero contra el fuerte escudo,  
Corre la sangre en impetuoso río ;

Desde el troyano muro  
Las esposas contemplan con espanto  
Crecer siniestro el torbellino oscuro  
Y al bélico clamor juntan su llanto,

Y los ayes venciendo  
De los que ruedan por el campo á miles  
Pasa veloz, cual huracán horrendo,  
El grave carro del invicto Aquiles.

Mas súbito se apaga  
Cual fuego fatuo, la sublime escena,  
Mi mente inquieta, soñadora y vaga  
Desecha la ilusión que la enajena,

Y en medio á los despojos,  
De fieros dardos bajo recia lluvia  
Ven asomar mis fascinados ojos  
Llena de amor, tu cabecita rubia.





EN EL NATALICIO DE \*\*\*

I

Hoy celebra mi amada el grato día  
En que del cielo descendió á la cuna  
Cual baja al fondo de floresta umbría  
Tímido rayo de naciente luna.

Benigna la Fortuna

Salió á su encuentro y le besó la frente,  
La Diosa del Amor le dió sus galas,  
Y el Pudor, abrazándola riente,  
Cubrióla con la sombra de sus alas.

II

Hoy de los años al callado vuelo  
La doncella en mujer se transfigura,  
Y roto ya de la niñez el velo,  
Luce cual nunca seductiva y pura:

Su plácida figura

Despliega sus hechizos soberanos,  
Y enamoran al par su faz de nieve,  
Sus castos ojos, sus ebúrneas manos,  
Su cuello grácil y su talle breve.

III

En la elevada frente que engalana,  
Suelta en rizos, la negra cabellera,  
Como en trono de augusta soberana  
El alma libre y generosa impera;

En la boca hechicera

Puso la gracia su mejor encanto,  
Radia el ingenio en sus altivos ojos,  
Y es como anuncio del celeste canto  
La blanda risa de sus labios rojos.

IV

Del cielo y de los suyos favorita,  
En ajenos hogares codiciada,  
Luce en su casa del Señor bendita,  
Cual rica perla en concha nacarada.

Jamás su delicada

Planta pisó del mundo las espinas,  
Jamás se oscureció su firmamento,  
Ni sus visiones de placer divinas  
Deshizo el ala de contrario viento.

V

¡Y yo infeliz, con frenesí la adoro!  
¡Yo, devorado por mis ansias, muero!  
En mis noches de horror me agito y lloro  
Y mi honda herida me desgarró fiero.

Ella, mi amor primero,

Ella es la estrella limpia y solitaria  
Que entre las sombras de mi cielo brilla,  
Á la que elevo férvida plegaria  
Desde el timón de mi fugaz barquilla.

## VI

¡ Ah! y ella extraña á mi profundo anhelo  
 En sus ensueños arrobada vive  
 Y entre las claridades de su cielo,  
 Su regio curso, triunfador, describe ;  
     Ni de mi amor recibe  
 El homenaje, ni hacia mí convierte  
 Su dulce faz, que irradia resplandores :  
 Sobre otro ser privilegiado vierte  
 La suavísima luz de sus amores.

## VII

Hoy su natal celebran placenteros  
 Deudos y amigos en su noble estancia :  
 Sus vagarosos círculos ligeros  
 Va retejiendo bulliciosa danza ;  
     Sonora orquesta lanza  
 Sus notas, ya vibrantes, ya indecisas,  
 Que se confunden al brotar veloces  
 Con el murmullo de cordiales risas  
 Y el coro alegre de argentinas voces.

## VIII

En medio de la atmósfera radiante  
 Mira pasar mi deslumbrada vista  
 Una pareja que se estrecha amante  
 Cual dos acordes que enlazó el artista.  
     Su leve planta lista  
 En compás armonioso gira leda,  
 Hundiendo apenas la mullida alfombra  
 Cual sobre lago adormecido rueda  
 De nubecilla errática la sombra.

## IX

Son ella y su amador : ella inocente  
 De ruborosas tintas se colora ;  
 Él, de placer en éxtasis vehemente,  
 Con ávidas miradas la devora ;  
     Con gracia seductora  
 Ella su talle virginal cimbrea  
 Y suelta deja su gallarda toca,  
 Mientras sonrisa de emoción arquea  
 Ligeramente su divina boca.

## X

Todos se fijan con amor en ellos,  
 Y al contemplar su dulce venturanza  
 El viejo torna á sus abriles bellos  
 Y alienta el mozo férvida esperanza.  
     Murmullo de alabanza  
 Al paso suyo por doquier resuena  
 Y aun los helados pechos se alborozan :  
 ¡ Tan sólo en mi alma, al golpe de la pena,  
 Mi ilusiones últimas sollozan !

## XI

Yo solo, que por ella sufriría,  
 Cantando, las angustias del tormento ;  
 Yo solo, que por ella ofrendaría  
 Mi sangre toda, mi vital aliento,  
     Yo solo entre el contento  
 Que hoy inunda este hogar, meditabundo  
 La frente inclino en ademán sombrío :  
 ¡ Soy un extraño en medio de este mundo  
 Y me hallo á solas con el duelo mío !

## XII

¡ Ah ! y esa alada música sonora  
 Recuerdos gratos para mí despierta  
 De aquella edad en que brilló en su aurora  
 La risueña ilusión que hoy lloro muerta,  
 Y á modular acierta  
 Los mismos tonos que ensayar solía  
 Mi ingrata amiga en el acorde piano  
 Y á cuyo son vibraba el alma mía,  
 Cual la tecla gentil bajo su mano.

## XIII

No puedo más : mi pecho se sofoca,  
 Dogal de hierro mi garganta anuda,  
 Y conturbados por el ansia loca  
 Mis miembros tiemblan y mi planta duda;  
 La calle quieta y muda  
 Con su apacible soledad me invita :  
 Salgo y aspiro el nocturnal ambiente,  
 Y se espacia en la bóveda infinita  
 De mis hondos pesares el torrente.

## XIV

Huyo como el soldado á quien embiste  
 Legión contraria, enardecida y fiera,  
 Y cual si huyendo de la escena triste  
 De mi recuerdo punzador huyera ;  
 En vano, que doquiera  
 Me sigue mi dolor. Al fin el paso  
 Refreno y de visiones perseguido,  
 Entro en mi estancia, taciturno y laso,  
 Cual de celeste maldición herido.

## ¡ ADIÓS !

Fiero dolor sin nombre  
 Hierde mi pecho como daga impía :  
 Triunfó por fin de tu esquivez un hombre  
 Y huyó cual humo la esperanza mía.

Tus pupilas radiantes  
 Ya no miran al cielo soñadoras ;  
 Espejos son que copian anhelantes  
 La faz del que acaricias y enamoras.

Y tu galana boca,  
 Soñado nido de mi amante anhelo,  
 Con franca risa, que mi horror provoca,  
 Habla de dicha al que causó mi duelo.

En vano, en vano escondo  
 Mi agitación con aire indiferente ;  
 La grave huella de pesar tan hondo  
 Se trasluce en mis ojos y en mi frente.

Y cuando estoy á solas  
 La fiebre de los celos me domina,  
 Y ruge mi pasión, como las olas,  
 Cuando la tempestad las amotina.

. . . . .

Mas si el Señor lo quiso  
Debo aceptar mi dolorosa suerte,  
Renunciar al soñado paraíso,  
Dar á mi amante corazón la muerte.

Y así como el proscrito  
Al alejarse del hogar paterno  
¡ Adiós ! le dice en desolado grito  
Y en lloro amargo se desata tierno,

Y cuando desaparece  
La torre amiga en el confín profundo,  
Más huérfano se juzga y le parece  
Que de negro crespón se cubre el mundo;

Así yo, prenda hermosa,  
¡ Adiós ! te digo con amante acento ;  
¡ Adiós ! ensueño de color de rosa  
Que inundaste de luz mi pensamiento ;

¡ Adiós ! Musa gallarda  
Que fuego diste á mi cantar incierto ;  
¡ Adiós, Ángel bendito de la guarda,  
Fuente de vida en hórrido desierto !

Así digo y con paso  
Lento abandono tu mansión querida,  
Donde te dejo, como don escaso,  
La más hermosa parte de mi vida,

Y entre la turba humana  
Ciego me arrojo, por ignota senda,  
Sin saber, infeliz, dónde mañana  
Alzar podré mi solitaria tienda.

¡ Qué oscuro está mi cielo !  
¡ Qué larga y negra noche se avecina !  
La Esperanza fugaz abate el vuelo,  
Como al morir el sol, la golondrina.

Mi corazón inunda  
Invencible y mortal melancolía ;  
Mi ansiosa vista piérdese errabunda  
En la callada inmensidad vacía.

En infortunio tanto  
La adversa suerte contra mí sañuda  
Sólo me deja como alivio el canto,  
El flébil canto de mi lira viuda.

En la noche callada  
El ruiseñor modula sus canciones,  
¡ En la noche del alma desolada  
Preludie el arpa sus dolientes sonos !

Cante la triste historia  
De mi tímido amor, puro y ardiente,  
El breve instante de mi muerta gloria,  
Las largas horas de mi mal presente ;

Celebre tu hermosura,  
Casta doncella, y tu virtud divina,  
Y alce tu nombre á la sublime altura  
Donde reinan Beatriz, Laura y Delina.

Las vibraciones suaves  
Desciendan gratas sobre el pecho mío,  
Asilo triste de memorias graves,  
Como la lluvia en ardoroso estío ;



Y aligeren la carga  
Que ruda agobia mi cansado cuello,  
Y como alivio en mi carrera larga  
Cubran de rosas el zarzal que huella,

Hasta que ya los montes  
Dore radiante el sol de la Esperanza,  
Y se abran ante mí los horizontes  
Del mundo eterno, do el dolor no alcanza.

Entonces, cuando el peso  
Deponga ya de la miseria humana,  
Y con el alborozo del regreso,  
La playa bese, que entreví lejana,

Tú, mi lira, que fuiste  
De mis terrenas luchas compañera,  
Quédate sola, abandonada y triste  
Del insondable mar en la ribera;

Y antes de que al olvido  
Ruedes por siempre, destemplada y rota,  
Consagra al nombre que me fué querido  
La vibración de tu postrera nota.



## Á UNA SEVILLANA

### I

Era una tarde hermosa, cual de Sevilla;  
Las calles animaba piadosa fiesta,  
É ibas tú, rebozada con la mantilla,  
En actitud airosa, pero modesta.

Aunque logré tan sólo verte de espalda,  
Era tal de tu porte la bizarría  
Que exclamé: linda torre de la Giralda,  
¿Qué vale al lado de ésta tu gallardía?

Cuando, de gozo lleno, me ví á tu lado  
Y pude contemplarte sin ser sentido,  
Bebiendo tus hechizos quedé extasiado,  
Cual picaflor en cáliz de miel henchido.

Inundaba la plaza concurso inmenso:  
Nazarenos cubiertos de capuchones  
Arrojaban al aire nubes de incienso  
Ó alumbraban los pasos con sus hachones.

Y al eco de *saetas* tiernas y blandas,  
Conmovedor tributo de fe sencilla,  
Llegaban, conducidas en ricas andas,  
Las sagradas efigies, prez de Sevilla:

El Redentor, transido de hondo quebranto  
Y agobiados los hombros con el madero ;  
La Virgen, extendiendo su inmenso manto  
Para abrigar las penas del mundo entero ;

Pedro, con aire humilde de penitente ;  
Juan, cuyo rostro un nimbo de luz rodea :  
Y á lo lejos, en grupo triste y doliente  
Las benditas mujeres de Galilea.

## II

Yo, si un punto apartaba de tí la vista  
Para admirar la escena maravillosa,  
Pronto á tí la tornaba, cual vuela lista,  
En busca de la llama, la mariposa.

Que tienes unos ojos negros y vivos  
Con que al mortal que miras en lumbre bañas,  
Aunque celas sus guiños provocativos  
Con el sedoso manto de tus pestañas.

Y es nido de ilusiones tu fresca boca,  
Cual granada, encendida, suave, cual seda :  
Y son tus trenzas, redes do el alma loca  
Cual pajarillo incauto, prendida queda.

Mirando tu cintura, no echara menos  
Un árabe, lo esbelto de sus palmares ;  
Y envidiara tus altos, ebúrneos senos  
La apasionada esposa de los Cantares.

Sostén de tanta gracia, tus plantas finas  
De tu falda aparecen entre las galas,  
Como en caliente nido, dos golondrinas  
Asoman de su madre bajo las alas.

Y á más de los encantos de tu figura  
Tienes, cual don supremo, gitana mía,  
Toda la sal, el garbo, la donosura,  
Que da Dios á las bellas de Andalucía.

Con la negra mantilla tan bien prendida,  
¡Cuál brillaba entre todas tu faz serena !  
No es mejor, cuando sale, de oro vestida,  
Sobre triunfales andas la Macarena.

## III

Venid, árabes genios que andáis vagando  
Del fantástico Alcázar por los jardines,  
De las noches de luna la paz turbando  
Al son de vuestras guzlas y bandolines ;

Y vosotras, oh sombras de trovadores  
Que aun hechizáis del Betis la amena orilla,  
Cantando en vuestros metros fascinadores  
Las gracias no igualadas de la Padilla ;

Venid todos, y dadme la soberana  
Magia de vuestros himnos de amor risueños,  
Para que ensalce al cielo la sevillana  
Beldad, que es hoy el norte de mis ensueños.

La que en mi alma amortigua penas de ausencia  
Y las sombras aclara de mi memoria,  
Y es, en la áspera cuesta de la existencia,  
El último peldaño para la gloria.

## ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

(VÉASE LA PÁGINA 345 DEL TOMO I)

### CIELO

¡Oh playas azules, eternas, radiantes de místico modo!  
¡Oh corva techumbre sin lindes que á tantos mortales sustentas!  
En tí, Cielo, clava desde esta mortal vestidura de lodo  
El ánima, errante por tiempos y espacios, miradas hambrientas.

Arriba y abajo y en torno este cielo sin límites huelga  
Y así como nidos pequeños á todos los mundos arropa,  
Y á todos los hombres amor y esperanzas y sueños descuelga,  
Da lumbre á su antorcha, da pan á su mesa, da vino á su copa.

¡En dónde no hay Cielo, si es trópico y polo, nadir y horizonte,  
Si el agua lo copia y el ojo, aun cerrado, lo mira por dentro?  
¡Ah! ¿quién siendo niño no erró bellamente mirando en el monte  
La escala del Cielo en que Dios da la mano y nos sale al encuentro?

Todo hombre fué ángel en esa cortísima edad de inocencia;  
Hoy es un caído, impotente Luzbel, de la tierra vasallo, ...  
¡Por qué, tarda Muerte, durante esas horas sin mal, sin conciencia,  
Por qué no me diste á volar en tu negro, triunfante caballo?

El Cielo es la Patria sin odios ni ausencia ni error ni falsía;  
De noche, estrellado, ¡cuán triste, cuán tierna nostalgia difunde!  
¡La estrella que asoma parece mirada que Dios nos envía,  
Parece mirada que Dios nos reserva la estrella que se hunde!